

El manto negro de Serrota

Guillermo Saucedo Parolacio

El manto negro de Serrota

-¡Es el momento! -gritó una voz que sería capaz de desgarrar hasta la piel de un dragón-. ¡Demasiado tiempo ha estado ya esa apestosa raza sobre nuestras tierras!

La sala permaneció en silencio hasta que la más anciana de los allí presentes interrumpió con su típica hipocresía.

-Los humanos no tienen rivales. Nos quitaron nuestra tierra y nos desterraron a esta montaña por su ambición de poder y riquezas -vaciló Yualan-. Nunca veinte de los nuestros podrán vencer a una villa entera, que sin duda pedirá refuerzos al resto de la comarca.

-¡Esa villa nos pertenece! Tú puedes quedarte en esta montaña y pudrirte aun más. Veinte experimentados jinetes junto a mi, podrían recuperar el viejo mundo si se lo propusieran -replicó Dagnror, mientras bebía una copa de sangre fresca-. Dentro de una semana, 16 de Agosto, mientras los ilusos celebran la fiesta de su "patrón", nos haremos con el control de nuestro hogar y derramaremos la sangre de hasta el último ser vivo, o muerto de esa tierra. Aprovecharemos además que Khisa ha vuelto y mataremos dos pájaros de un tiro. Esa pequeña maga nunca logrará la paz entre las dos razas.

-Y supongo que piensas conseguirlo en una sola noche, ¿no Dagnror? – Yualan parecía ya algo impaciente.- Además conozco mejor que nadie a esa maga y no tenemos ninguna posibilidad, tu lo sabes.

-Los consejos de una vieja sin experiencia alguna no son más que basura para mis oídos. Los que quieran recuperar su antiguo hogar perdido hace cientos de años que se pongan de pie y olviden esta putrefacta montaña, "Serrota" como ellos la llaman – Dijo Dagnror mientras contemplaba como la sala poco a poco se iba levantando.

-Era una noche feliz a los ojos de cualquier persona. Las estrellas parecían dibujadas con sangre sobre un lienzo blanco, pues a pesar de no haber luna, el paisaje se podía distinguir como si el Sol bien entrado ya el día. Las altas hierbas, que acariciaban los pies de los viajeros, se elevaban hasta las rodillas, y se extendían por la pradera que parecía nunca acabar, pues los ojos de un humano no serían capaces de apreciar lo que apenas distingue el más tenaz de los elfos. Las montañas de los laterales actuaban como guardianes ante los caminantes de la noche. Un campo sin un final visible, unas piernas que ya no sentían el dolor de antaño; la noche es joven y mi viaje requiere tiempo y paciencia-

Khisa caminaba como si el viaje no fuera más que un baile, mientras cantaba cuanto veían sus ojos, mientras blandía sus espadas como si de las manos de un apuesto príncipe se trataran.

-Ya estamos cerca de casa –suspiro la maga mientras hacia presentes sus más antiguos recuerdos, mientras caminaba por el valle, frente a la montaña.

Amanecía otro día brillante, el cielo despejado, los prados verdes, ríos que no notaban la presencia del verano. En medio de la plaza, el bullicio bailaba y cantaba al son de la música. Juglares y bufones recibían toda la atención, mientras se los oía narrar las hazañas que antaño héroes de una y otra raza llevaron a cabo en pos de alcanzar la victoria. Elfos olvidados, demonios perdidos... la variedad de el viejo mundo se vio mermada cuando apareció el hombre, y los antiguos bosques y montañas se vieron

sustituídos por campos de cultivo, cuyo único fin era saciar la avaricia de sus propietarios, para así celebrar fiestas como estas.

El laúd, las flautas y gaitas, todo ayudaba a perderse en la fiesta, hasta que el alguacil habló:

–Queridos amigos y familiares, gente trabajadora; ¡hoy es un día de fiesta!, el campo hoy no será trabajado, hoy celebraremos el tercer centenario nuestra victoria frente a esos indeseables vampiros. ¡Disfruten del banquete y diviértanse!-

Así paso toda la tarde en la villa, bailando alrededor del rollo. Mientras, Khisa doblaba ya las últimas curvas para vislumbrar desde el camino su antiguo hogar. Bajo lentamente las últimas colinas, para poder disfrutar de los recuerdos de su infancia. Al cabo de un rato llego a su casa. Se paro en frente de la puerta, extrañando todo lo que veía, mientras un miedo la recorría el cuerpo. Al fin se decidió a entrar. Allí se hallaba su padre, sentado, como si hubiera estado esperando ese momento durante más de dos décadas.

–Khisa, hija mía, creía que nunca vendrías- exclamó Louis, el único nombre con el que Khisa podía recordar a su padre.

–Me alegro de verte, padre- replico Khisa- Supongo que no sabrás nada de mamá-

–No hija, sabes que volvió a la montaña con los suyos, nos abandonó – Respondió Louis. –Siéntate y disfruta de la cena con migo mientras me cuentas la razón de tu regreso y todo lo que te ha ocurrido estos años.

La maga le relato a su padre cada una de sus aventuras, en cada uno de los paisajes del viejo mundo, y el padre la relato como vivió en el pueblo al cargo de la villa. Así estuvieron hablando hasta bien entrada la noche, cuando ya se empezó a oír el jolgorio de la fiesta. De repente todo estrépito se paro, solo se oían los pequeños ruidos que hacían las bisagras de las ventanas al moverse ayudadas por el viento.

Un estrepitoso ruido retumbo a lo largo de la casa; en la puerta se hallaba el jefe de las defensas de la villa.

–¡Louis, Señor! Tenemos problemas. Han vuelto a reclamar lo que es suyo, están aquí y cada individuo con vida que se cruza en su camino es pasto de la masacre -.

–¡Que todos los hombres que puedan tomen las armas! ¡No permitiremos que tomen nuestro hogar! Envía un mensajero al los pueblos vecinos, ¡pide refuerzos!

–¡A sus ordenes señor! –Asintió el soldado mientras se retiraba a toda prisa.

En medio de la plaza se alzaban como montañas ante una pequeña llanura veinte figuras corpulentas que blandían sus armas al mismo tiempo que las cabezas caían. Las regaderas que antaño llevaban agua ahora regaban los huertos con sangre humana. Por suerte para unos, poco a poco empezaron a llegar hombres armados con todo lo que podía provocar siquiera un pequeño rasguño en la dura piel de los vampiros. Campesinos, taberneros y algo más de tres docenas de soldados por fin plantaron cara a los monstruos. Así la reyerta se niveló poco a poco, a pesar de que aun a la mitad de la noche quedaban más de 15 vampiros.

–¿Cuántos hombres nos quedan?- gritó Louis para contrarrestar los alaridos de dolor que se desplazaban como olas a lo largo del pueblo.

–Los civiles ya se han escondido, por suerte. Los soldados apenas han aguantado esta ultima oleada, pero si resistimos tres horas más la luz del día nos dará la victoria-. Respondió una voz que sonaba familiar.

–Khisa, hija mía. Lamento que la primera vez que nos vemos en tantos años tenga que pasar esto. No me explico como la casualidad puede ser tan cruel.

-No ha sido la casualidad. Si ha sucedido esto es porque yo estoy aquí. Desearía que nunca hubiera pasado pero el destino es más cruel que la casualidad. Ahora cumpliré la tarea que se me ha encomendado- dijo Khisa mientras levantaba las manos al mismo tiempo que gritaba unos extraños conjuros-. Ahenar, laudge Ahenar.

Y allí en medio de la plaza se abrió un vórtice que deformaba todo lo que lindaba con el a menos de tres metros. El suelo se retorció y el aire que por allí se respiraba refractaba la visión de aquellos que miraban hacia el vórtice –bastante gente, pues una invocación es difícil de ver en esos tiempos – hasta que al cabo de unos segundos todo volvió a la normalidad, excepto por un hombre lobo que yacía en el suelo como si su muerte se hubiera dado hace días. Poco a poco el licántropo se empezó a levantar e instintivamente corrió hacia los vampiros arrollando a todo humano que se encontraba a su paso. Curiosamente se dirigió hacia el más fuerte de los vampiros. Dagnor veía como poco a poco el monstruo se acercaba. Su oscura cara paso de un tono alegre y voraz a uno de agonía. El hombre lobo le agarro por el cuello y justo antes de arrancarle la cabeza Khisa interrumpió.

-Ahentar tibudaeo sinha halha – decía mientras todo el mundo contemplaba con admiración como la bestia se calmaba, pero no por ello soltó al vampiro-. Parece que estáis acabados. Bonita hazaña la que habéis llevado acabo pero ahora toca hablar.

-Hablemos pues- balbuceo Dagnor estirando el cuello por encima de las garras del licántropo-. Si lo que quieres es negociar de manera justa devolvemos nuestras tierras, donde vivíamos en paz hasta que llegasteis vosotros y nos desterrasteis.

-Sabes de sobra que no podéis vivir aquí. Os vencimos hace muchos años y os hemos vuelto ha vencer; tan solo contáis con algo mas de una docena de soldados, nosotros tenemos aun treinta mas los cincuenta hombres de los pueblos cercanos, y el sol solo esperará una hora más para acabar con vosotros. Ahora os doy la opción de que os marchéis con un sello maldito que os impedirá volver a pisar estas tierras. ¿Hay trato?

-Jamás nos rendiremos y tú lo sabes. Perderé la vida antes de volver a pasar un verano en esa asquerosa montaña. Es mas, no nos rendiremos porque tenemos la victoria en nuestras manos- insinuaba Dagnor al tiempo que por una estrecha calle aparecía Yualan.

-Madre, creía que nunca volvería a verte- dijo Khisa –Ya veo que los años han pasado al tiempo que tu soledad aumentaba. Por fin podrás volver con nosotros, Madre.

-Tú ya no eres mi hija, lo sabes. Y ahora tenemos asuntos pendientes entre las dos razas, es la hora que elijas de que lado estas.

-No volveré con vosotros, no puedo convivir en esa aura de soledad que os rodea continuamente. Si tengo que elegir me quedo donde estoy. Esta amaneciendo, el licántropo os tiene entre la espada y la pared y los refuerzos acaban de llegar. No tenéis ninguna posibilidad. Es hora de que os valláis por siempre.

-Jamás, no volverá a amanecer, los refuerzos no servirán de nada en cuanto el lobo muera – reía Yualan, y parecía entonar esa risa con unas extrañas palabras- Haa le Tarppa Suhghaa.

En un estrepitoso movimiento, las piedras que formaban el monumento que se elevaba en medio de la plaza. Y allí yacía ese horroroso ataúd, que lentamente se habría. Poco a poco empezó a salir una figura oscura, totalmente esquelética, de la cual colgaban pequeños trozos de pellejo putrefacto. Lo único de aquel horrible monstruo que se mantenía aun con vida eran esos ojos que ansiaban sangre humana. El terrible monstruo comenzó a andar mientras hombres y vampiros se quedaron de piedra, piedra como la que había estado guardando este secreto todo este tiempo. El esqueleto

instintivamente se dirigió hacia el licántropo que aun sostenía a Dagnor. Alzó su espada de color platino y la hundió en la carne grisácea del hombre lobo. Con un aullido sentencio el monstruo la caída del pueblo.

Pero no todo estaba perdido. Los refuerzos habían llegado y ya era hora de que el sol saliera, además todos los vampiros estaban exhaustos. Pero contaban con el monstruo, que blandía la espada como si fuera un ramo de flores que una enamorada mueve bajo la lluvia. Este no paraba y las cabezas corrían calle abajo hasta que se enzarzo con un grupo de hombres.

-Jamás pensé que recurrirías a este conjuro, ahora has sentenciado la muerte de todo ser vivo, hasta que los rayos del sol lo destruyan- gritaba Khisa a su madre.

-Yo controlo el día y la noche, yo controlo al monstruo, yo controlo todo lo que se mueve en esta villa, y todo el que no siga mi voluntad caerá como ahora vas a caer tú.

Y así comenzó una maestra lucha en la que una espada gigante y dos pequeñas armas chocaban entre si para salvar la vida a sus portadoras.

Entre unas cosas y otras el tiempo pasaba, los vampiros ya se refugiaban en la sombra por miedo a la luz del día mientras en monstruo y las dos magas continuaban luchando; pero el sol no aparecía. Tan solo se veía una pequeña luz que se escondía detrás de las más oscuras y espesas nubes jamás vistas. Apenas daba un poco mas de luz que la que da la luna.

La oscuridad se cernía sobre el pueblo. Todos los vampiros volvieron al ataque y los pocos hombres que aun quedaban fueron masacrados sin piedad. El alguacil y su hija aguantaron como pudieron pero nada puede hacer contra la oscuridad.

El pueblo entero sucumbió y poco a poco a lo largo de los años la vegetación volvió a cubrir las casas y la paz volvió a esas tierras.

-Y esta, jóvenes viajeros, es la historia – canturreaba el juglar, mientras la plaza entera atendía a sus palabras – de cómo vuestro precioso pueblo cayó en la oscuridad... hasta poco tiempo después; pero eso ya es otra historia y mi garganta me pide ahora una jarra de cerveza.